

## Manuel Toro Martínez Sevilla 1991

---

Consejo General de Hermandades y Cofradías de la ciudad de Sevilla. Excelentísimos e Ilustrísimos Señores. Cofrades. Sevillanos. Queridos amigos:

Alto, de un metro ochenta y mucho. Fuerte como un roble. Enjuto, magro de carnes. Sus facciones, correctas como nada. Acogedor en su mirada, en sus modales. Cadenciosa su voz. Y arrastraba multitudes, porque decía lo que hacía y hacía lo que decía. Llegó a cumplir los treinta y tres años antes de que la envidia, los miedos, la ceguera se lo cargaran en, no llegó a, veinticuatro horas de suplicios. Era todo un Hombre, y era y es Dios. Jesús se llamó y se llama.

A tal Hijo ¡qué Madre!

Es por eso que, al recibir el encargo de este Pregón de las Glorias de María, los miedos naturales, el temor a la impotencia, pues no medí mis fuerzas, mi penuria, me paralizaron gravemente: ¡hablar yo de esa Madre, la Madre de ese Hijo, nada menos, y a Sevilla!

Pero pronto vino a mí, providencial, el recuerdo de aquella viejecita del llano pueblo de mi Sevilla, con arrugas del tiempo y los saberes, que una tarde-noche de reciente primavera definió, embelesada, a María, a esa Madre, para todo el que tuvo el privilegio de escucharla cuando le pasaba por delante en triunfal paseo, como Sevilla sabe sacarla. Vino a mi el recuerdo de esa estampa de mujer creyente a toda prueba, que cimbrió mi alma, inundó de gozos mis aprietos, y hasta me dolió de querer todo el ser, cuando habló de Ella. Vino a mí ese recuerdo, que gritó en mis adentros ¡y por qué no, yo, también, así, sencillamente!, ¡ea, pues, Señora y Madre, vamos a pregonar como tu viejecita!, con el piropo encendido y convencido que ahora me calma y que entonces te lanzó: ¡Hija, con esa cara no puedes haber parío más que a Dios!

Dejo ahí de momento esa verdad y ese mi ánimo, sevillanamente serenado, para dar efusivamente las gracias al Consejo que me eligió para este anual acto; las gracias al presentador que generosamente me indicó palabras de encomio que ponen más difícil aún el arranque de estas verdades que debo decir; y las gracias a vosotros, sevillanos que con vuestra presencia ya habláis de María y Sevilla, y dais calor al Pregonero que tanto de él necesita en este instante.

La mujer de mi inicio acababa de decirlo todo en un piropo hermano de aquel otro, el mejor que a esta Madre pueda decirse y que, en cambio, lo es al Niño Dios que tantas veces en sus manos lleva: ¡Viva la Madre que te parió! Teología plena de gracia divina y, en el de mi viejecita, de belleza sevillana. Porque proclama el mayor título de María, ser Madre de Dios, al que Sevilla, que así lo sabe, ya no le queda sino añadirle el reconocimiento de esa suma belleza que la adorna. ¿No habéis oído repetida, esa letra que lo dice mejor que yo y es verdad de la buena?

Si a ti mi gente te grita  
y un piropo se le escapa,  
no es que Sevilla esté loca;  
es que de llamarte guapa  
le está doliendo la boca.

Si: es como decir ¡María!, para que al Nombre así voceado cielo y tierra resuenen, retumben y redoblen. Mejor pregón que el suyo, es imposible: Madre de Dios, belleza sevillana. Y es que el pueblo habla mejor que nadie, porque no tiene palabras gastadas cuando dice lo que siente.

En esta nueva primavera, en que traspasamos fronteras y se hace aún más el milagro de Sevilla, tiempo y división no sólo de estación del año, sino también de paso de niños a la adolescencia, de jóvenes a adultos, o paso a ser anciano, y de ilusiones a realidad, y de

derechos a los hechos, Mayo luce esplendorosamente para llevar amores a María y poner en Ella los cinco sentidos de Sevilla y el sexto también; y traducir así el No-madeja-Do del escudo de Sevilla, no me ha dejado recíproco que se dicen la Madre de Dios y esta Ciudad, su campo, sus habitantes, casas, templos, vida, costumbres, trabajos, afanes, ¡tierra de María Santísima ! De Ella, a la que en el Cielo tan sólo aman mejor; u a la que, para rezarle, con mirarla sobra: sin otro texto que su guapura, ni otra pluma que las manos que, juntas, a Ella suben suplicando, donde la tinta la ponen nuestras lágrimas de amores, para así escribir sobre el papel de siempre que es Sevilla.

Por eso este Pregón se llamó de las Glorias de Sevilla, o de las Glorias Mariana de Sevilla, y hoy basta llamarle de las Glorias de María; porque decir María ya comprende en sí a Sevilla. Los sevillanos lo sabemos, ¡morimos por María!. No todos, pero ¡es tan escasa la excepción!. Para esa excepción, y para todos, nuestro desahogo hoy, el grito nuestro visceral, directo, convencido, fuerte, volcado, apasionado por María: que de María nunca se hablará bastante, que nunca se pierde hablando de Ella.

Y esto es así porque ¡tantos de los que dicen no amarla, hasta se arroban contemplándola!. Y si alguien no sevillano pretende quitarle el puesto que damos por sabido para Ella, el que María ocupa en Sevilla, tendrá que oír el distingo que estableció aquel: esto es lo nuestro y lo otro una forma de pensar ; y mantuvo el cuadro con el retrato de esa bendita Madre, en el lugar de honor del local, que así no le fue arrebatado por un símbolo de signo bien distinto. ¡Vamos: que se quedó con el cuadro, nunca mejor dicho!.

VENGO pretendiendo sintonizar con vosotros, hablando poco y diciendo mucho al pregonar a María ¡en! Sevilla y a Sevilla ¡con! María, ¡verdades como puños!. Difícil facilidad.

VENGO a un Pregón sencillo y por eso mismo la solemnidad grandiosa, porque vengo alegre como pájaro enamorado, que canta y canta, salta y salta, agradecido a María y a Sevilla que me dieron siempre mucho y hasta tuvieron conmigo mil detalles; y por eso, mi piropo encendido, otra vez cuando aquel que yo me sé creí sería el único

VENGO a que por mi boca podamos, una vez más, decirle todos, en corto y por derecho: ¡pero qué guapa estás! como si acabaran de presentárnosla, ¡qué cosa!.

VENGO

a decirle,  
si es posible,  
al mundo entero,  
del amor de los amores de Sevilla,  
¡de María!, de ese lucero,  
esa estrella  
que tan fuerte brilla  
siempre:  
puesto ahí para que nadie tiemble.  
Vengo a deciros ¡que nadie como Ella!

VENGO arropado en una azucena sevillana, palabras y sentires sacados del esportón de los recuerdos, mis creencias y vivencias.

VENGO con la sensación de que mi pequeñez pretenderá andar de puntillas por el agua, y eso es muy difícil: pero vivir la fe que quiero proclamar, la esperanza que me impulsa y le amor, el más escaso bien en este mundo, supone aceptar esfuerzos y tensiones, cristianamente hablando; así que no tendré miedo al ridículo, ¡de qué y de cuándo!, ni me acobardaré, antes al contrario; que si así vengo, podré respirar, cuando concluya, hondamente, sentirme muy a gusto, y retomar vida con la paz que aquel mi amigo de diez años define en el cartel que en su habitación se ha construido de recortes y que reza la paz es una casa con muchas ventanas . Si, ventanas abiertas de mi Sevilla, cara al cielo a todas horas.

VENGO, sí, con los nervios metidos en la garganta, aquí y ahora; pero María templará mi voz para vosotros, y hará que logre atinar a decir esta pobre cosa mía: la de mi nacencia, mi niñez, mi juventud y madurez siempre, Virgen, a tu lado en tu Sevilla; que soy, Señora, el hombre que justamente trajeron aquí y valoran para cantarte Madre sevillana, y que por eso Tú te encargarás, y esta es mi complicidad, de que cumpla yo este encargo, o lo menos posible lo estropee; que hice cuentas para sacar adelante mi amor a Ti, Virgen y a Sevilla, el que quiero testimoniar a todos hoy, el mismo que transmitiré a los míos, como hicieron mis padres conmigo y por eso de ellos, que hoy ya me faltan, traigo mi alabanza con mobre de Remedios, Setefilla y Aguas Santas, que también me valdrán en el empeño, y me agarro a Patrocinio, Virgen chiquita en Triana y a Amparo en la Magdalena, a cuyo lado viví años y años, uniendo así la orilla del alfarero barrio donde nací cofrade, con el cariño en esta margen de ser tantos años su vecino; misma advocación Amparo y Patrocinio, igual cobijo en uno y otro lado. Del arriate de mis deseos saco, pues, una flor, la voluntad, y como Miguel de Cervantes, diré:

La voluntad que es mía,  
y la puedo guardar, esa os ofrezco,  
Santísima María;  
mirad que desfallezco:  
Dadme, Señora, el bien que no merezco.

VENGO conocedor de que no os habéis dado cuenta de lo que me habéis pedido y sonsacado, pero agradecido a esta Providencia que me deparáis, que no casualidad porque la casualidad no existe, que todo es Providencia.

VENGO no a lograr una faena de manos bajos y mentón hundido en el pecho, que valga; porque estoy decidido a pagar gustoso el precio de que sea María lo único importante en este acto. Y conviene que yo mengüe hasta perderme, para ayudar humildemente en lo que pueda a que Ella aún más, si cabe, ante nosotros crezca.

Y VENGO, a una edad que conviene ya empezar a terminar, a adquirir la imprescindible, sencilla verdad que es la humildad de no saberme de moda, ¡ayudadme!. Pero ¡eso sí! vengo también a orear, a certificar ante Sevilla, que soy un sevillano locamente enamorado de la Virgen, y que así quiero que cuajen por siempre ya mis rasgos, y se afirmen mi forma y mi postura: ¡cincelado en María a sevillano modo!. Vengo, ¡eso sí!, confiado en Dios, en su bendita Madre y en vosotros mismos en que, luego del final, cuando diga con Dios, ya para irme, no tendré que confesar: me acuso, padre, de no haber sabido hablar bien de María y mi Sevilla.

Quiero a Sevilla; en lo que me gusta y en lo que me desagrada, en su inevitable ser y modo: eso que tiene de rosa, eso que tiene de espinas.

Me gusta, y a rabiarse, de Sevilla hasta su nombre: tan chico, tan rotundo, tan bonito, tan sonoro, tan real, tan abrazable para paladearlo, ¡para todo!

Me gusta su primavera, cuando se viste de guapa, todavía más si cabe, y le revientan sus hechuras. Y la luz recorta y ciñe más las formas a esa Torre de fe, que mujer tiene que ser, Giralda que decimos, que se llama. El Giraldillo, empinado en lo alto, engrasa giros con pájaros que le vuelan. Y el Guadalquivir cose en sus orillas a un lado Triana, nada menos, y al otro Sevilla. ¡Qué pareja, Río y Torre, para mí que enamorados!. Ella, en pie, siempre vigila; él, que vive recostado un poco más allá, que no la puede copiar. Pero no sé que pensar: que sin estar al ladito, ni acurrucados ¡quién sabe lo que se traen, una en pie y el otro echado!.

Sevilla, sí, y los Sevillanos que la hacen, que la hacemos: cohetes estallan cada día por nuestros adentros, como cascabeles bonitos del mejor tiro de mulillas que soñar se pueda, en esta Sevilla que es, por esencia, azul y cielo, donde el sevillano necesita de todo ese cielo y su azul, porque si no se asfixia: azul purísimo y sol encendido, el más bonito vestido purecita y oro, para torear la vida. Y Sevilla es, por esencia, aire, un aire ajazminado que no asfixia ni en verano, que el calor es la vida. Y Sevilla es alegría por esencia, con vocación temprana, desde cada cuna misma sevillana, porque la alegría en este mundo, ¡claro que vale la pena!, y

oxigena el alma y nos hermana: eso que llaman el desenfado, el desparpajo sevillano, que es hasta gracia zamalera en su decir de habla melosa, pero que sabe sacar ponderación con el desborde y unir, en contrapunto, seriedad, serenidad, sabiduría, sorpresa, sonrisa, ¡y señorío!

Y esta es la riqueza de Sevilla: que, ¡por Dios!, no cambia valores tan sonados por calderilla alguna. Esta nuestra Ciudad, de espíritu sabio, inalterable ¡digan lo que digan!; y si no ¡ved lo que le sale del alma al más joven sevillano, en los momentos más señalaitos! Cuando, como mi amigo dijo con repajolera gracia y poesía, no se doblega y sabe ir por la vida al compás de la banda y no del bando

Esta es nuestra medida sin medida: que todas las cosas tienen su cuando; que se prefiere lo poco pero hondo; el saberse inevitablemente, sí, diferentes, no superiores. Y así ¡tantos distingos!, reglas sin escribir ¡y qué bien le sientan a Sevilla!

Así se explicará luego, cómo se vuelva en su Virgen, Reina, Señora y Madre, esta Ciudad intemporal, Ciudad inaprehendida y eso en mil modos, detalles, sutilezas: porque, para más, en esta Ciudad, nuestra Sevilla, aún queda un caserío de ensueño y dédalos de calles recoletas, e inigualables humildes patinillos; y aún hay ruiseñores los he oído en los cipreses de un patio del Museo de Bellas Artes, que cantan, pero dulcemente y tan bajito que no alcanzan sus trinos a llegar hasta mi Virgen de las Aguas de al lado, en su Capilla; y hay todo un calendario anual de Dios para las flores en Sevilla; y todavía veréis naranjos, y azahar por tanto, en plazuelas y calles; y hasta aún existen barreduelas: ¡y que bonito y singular ese color almagra!; y no os podréis fiar de números en Sevilla: porque os dirán Centuria Macarena y ni por menos antes de ampliarla, ni por más ahora, fueron nunca cien estos Armaos: y, al igual, oiréis seises, y son diez los niños que le bailan a Dios. ¡Las cosas de Sevilla!. Pero estas son medidas de Sevilla para lograr inigualables sonidos celestiales; medidas sin medida, reglas no escritas, repito, de Sevilla. Para que luego cuando, siendo así, unas muñecas se duerman en el aire de la mejor faena y no sepamos explicarlo, cuando unos lances se pinten en el ruedo, o en la vida, cuando de un capote digamos que se mece, podamos traducirlo en llevar una Virgen sobre los pies, al modo que lo harían los Ángeles del Cielo; o podamos comprobar que la caricia es la forma de hacer el bien, con alpargatas, de las Hermanas de la Cruz de Sevilla, de Madre, ya Beata ; o podamos tener claro, bien claro, que el soñar es algo habitual y cotidiano al sevillano, más aún que lo es la misma maravilla de ver y de tocar tanta belleza a todas horas.

Sevilla del erre en su fondo de siempre y en su forma: que así creo humilde, sinceramente, hermanos que ¡Sevilla no se nos avería jamás, no se nos viene abajo!

Muy Invicta y Difícil Ciudad de Sevilla: ¡Si! pero ¿existen los sevillanos?, ¡luego existe Sevilla!. Y eso lo digo yo, lo decimos a boca llena y en cualquier parte: ¡que Sevilla es punto y aparte!

Es esta Sevilla así, tan tierra y Cielo, María, la Madre de Dios, es Reina y es Señora.

Tomad el pulso a Sevilla a cualquier hora y tendrá fiebre alta siempre, ¡fiebre de María!. Es la caliente identidad mariana que este pueblo. Imagino que es porque Sevilla necesita a María; así, ¡sin más!. No acertaría yo a explicarlo, pero proclamo y pregonó esta verdad con reiterado trazo y hechos: que en Sevilla y para su deleite, sólo hay una Reina y Madre, que es María. ¿Voy a descubrirlo aquí, ahora?: basta con su lema Mariana Ciudad de Sevilla ¡todo un consenso!

María sin duda, escogió a Sevilla y no al revés: que primero lo fue Ella y ya Sevilla no para hasta hacerse más y más, por siempre, de su gracia. Como Dios, primero nos amó María, que desde siempre supo el nombre de cada uno de nosotros. Sevilla se enteró, bien pronto, que tanta gracia y gloria se le ha dado por María gratismente y ya transmite ese amor apasionado, que riega todo el ser de la Ciudad y empapa historia y vida. Sevilla se apuntó a María y María puso corte real en la Ciudad de sus amores y he llegado a pensar, como muchos, ¡para qué nos vamos a engañar!, que María pasa temporadas bien largas aquí en Sevilla, faltando así

del Cielo, seguro en Semana Santa y en Agosto, y en muchas otras ocasiones. ¿Así va a extrañar que la pesamos y la hagamos sevillana?: ¡cuántas de nuestras mismas y una sola Virgen sonríen, que es como rúbrica del amor que nos tiene demostrado!.

Y Sevilla, haciendo de María su clave, fue siempre la Ciudad que supo ser leal, por norma, que es su misma alma, a esta su esencia. Y así, en el pasar del tiempo, bien claro quedó que tanto hay de María a Sevilla, como de Sevilla a María. ¡Qué curioso: y hablo de distancia, cuando acabo de decir de María que es esencia, alma misma de Sevilla!.

Se puede ser como sea, pero aquí ni hace falta decir ¡abridle paso! a Ella, porque María es intocable para el sevillano; tantas veces sin saber el por qué, pero intocable, que aquí ni hace falta defenderla y hasta somos puntillosos, ¡qué cosa tan bonita!. Entrañada, cosa nuestra sin discusión que valga pues, sintonía de generaciones, sinfonía de querer que a gloria pura suena.

Y ese saberse custodio de este bien que hasta se palpa, que calienta, que da vida, hará que, contra viento y marea, pasemos la antorcha a nuestros hijos y prolonguemos la cadena interminable de esta gloria.

POR ESO, cuando de María se trata, a Sevilla le da como un avenate, se empina, se desboca, se embala, se estira como nunca, se le alegran las pajarillas del alma con un amor de rompe y rasga: encuadra en Hermandades o sin ellas por hecha Hermandad la Ciudad toda; y está siempre despierta con María, porque la tiene sobre el tapete de sus cosas en sin igual sitio y no sólo en la Semana Santa, participando cada sevillano, que eso es abrirse, echado por la borda el pudor que Eugenio D'Žors afirma tenemos para mostrar nuestras grandezas.

POR ESO, cuando al sevillano le tiembla el suelo de la vida, sabe donde agarrarse, y se abraza con María: que es traducir e verbo confiar, tener su confianza de esta Madre.

POR ESO, el sevillano, consciente o hasta inconsciente, ordena su camino en función de este espíritu encantado que lleva hasta en los tuétanos: y es que sabe que puede recorrerlo sin renunciar a nada de su modo; que no se nos prohíbe, por ejemplo, ese azul de nuestro cielo sevillano, se nos avisa, sólo, que no vaya esto a distraernos de que Ella está detrás, velando como Madre.

POR ESO, María es para el sevillano, la primera en la frente de unos mandamientos no escritos de Sevilla, regalo inestimable, orgullo mantenido. Y se le cae la baba a nuestras madres, cuando nos aúpan a María de chicos; o cuando nos ven fieles a Ella de mayores, a pesar de tantas cosas que ya no son las mismas; o cuando disfrutan porque las hicimos abuelas, al fin, de nietos que renuevan amores no extinguidos.

POR ESO, el sevillano sigue aprendiendo el tiempo, las horas, en cosas de María: que si su fiesta aquella, que si su Nombre en el nombre de la madre, ha hija, la esposa, sus mujeres, a las que felicitar en las mismas fechas que a María; que si aquella procesión, que aquel suceso, en cada vida

POR ESO, el sevillano está con María siendo niño, joven, maduro y hasta de viejo, cuando el bastón en que apoyar los años sea más la Madre de Dios, María, que uno de caña de bambú vistoso, que un hijo o un nieto le regaló obsequioso.

POR ESO, en cada hogar sobreabundará su cara, siempre tan bonita, en fotos, en imágenes, o en mil modos y maneras, que asfixian sin asfixiar su intimidad diaria a cada hora.

POR ESO, Sevilla hace su lectura de aquel acogimiento que dice la Escritura, en San Juan, Y desde aquella hora, la recibió en su casa : y dispuso y dispone para Ella, en nuestro suelo sevillano, el cuarto más bonito de la casa, le adivina deseos y, por cumplirlos, saca de donde nadie saca y pone todo boca abajo, hasta lograr darle gusto y ofrecerle lo mejor. ¡No te preocupes, Jesús, descansa, que ya nosotros cuidaremos de tu Madre!.

Y si lo entendió la Ciudad así de bien y desde siempre, que cuando Pablo VI, en la Marialis

Cultus, impulsa, con nuevas letanías, a renovar las alabanzas de María, Sevilla no tuvo que hacer cambios: Electa Hija del Padre, Madre de Cristo Rey, Gloria del Santo Espíritu ¿no está la Trinidad siempre presente en el pueblo, que la una con María en Nombres, devociones y piropos?; ¿no sabe nuestra gente que su locura por María no tiene su razón existencial en la maternidad corporal sino en que es Madre de Dios, porque lo es de ese Cristo, Rey de todos y de todo?; Asociada a la Redención, ¿y acaso no decimos Corredentora, Mediadora Universal, Dispensadora de gracias soberana, con públicos rosarios, insignias, títulos, sevillana y larga lucha por lograr estas verdades reconocidas como privilegios, como dogmas?. ¡A la memoria de tanto innominado sevillano así de grande, Dios se lo pague!

Y el hombre y la mujer de esta tierra, no conformes con que el mejor cuarto que darle lo sea el de su interior, individual, particular casa, o el de su familia, el entorno de los que son más suyos, hasta le ofrece a su Sevilla Ciudad toda: ¿calles?, quizás alcancen la cifra de trescientas; y barriadas enteras con su Nombre: ¿y altares, imágenes, estandartes, simpecados, sine labes, pasos?; ¿y coros, campanilleros, asociaciones, procesiones, Hermandades?. Y serán tantas funciones, tantos besamanos, tanto vestirla de Reina, tanto mimo en el tocado y ni uno igual siendo la misma Madre, y hasta, si no es imagen de vestir, ya se las ingeniará el amor por singularizarla y realzarla, con detalles que nos traen escalofrío al recordarlos. Y serán las procesiones y hasta sus romerías, ansias de, yo diría, exportar, extender este amor tan desmedido, sin medida.

Y serán nuestras coplas, nuestro cante y nuestra danza, del baile azul inmaculista de los seises al de todos los días, baile por sevillanas, letras donde María se hace presente a toda hora por ese afán de adaptarlo todo a Ella, para que nadie ni nada quede sin su toque, por el recuerdo a cada instante, piropo continuo, a veces hasta audaz, en su alabanza. Que Sevilla, incluso es exagerada, porque quiere gritar, con un pregón perenne, lo que de María tiene y hasta ¡lo que ya debiera haber!, que ese es su sostenido reto.

DE AHÍ que cada barrio vaya teniendo el Nombre de una Virgen y Madre que una a todos allí en cercanía, pared por medio de Ella, nuestra casa con la suya, para, diría, a diario contarle los afanes: ¡mi respeto, admiración y humilde apoyo a ello!.

DE AHÍ que Sevilla se desviva y ya no sepa qué inventar para alabanza de esta Madre, aunque se dice que en Sevilla y para Ella todo está inventado.

DE AHÍ que si se trata de ponerle doce estrellas, canónica medida, por biblista, para la aureola que realce su cabeza, le coloque, en más de un caso, dieciocho y si pregunta alguien que por qué tantas estrellas, responderá Sevilla con aquel tan gran cofrade: es que mi Virgen es canónica y media ¡y a ver quién lo rebate, tú que dices!. Y si se trata de Coronaciones: las que van, gracias a Dios que no son pocas, las que queráis, sevillanos, y ¡hasta las que faltan!

Y los que nunca faltan son sus azulejos, los retablos, en las fachadas del amor de cada sevillano, que así se identifica: ¡y no empalagan!. Ni falta fiesta en el barrio que festeja el Nombre que lo signa y le protege: cuando esa porción, por unos días, se hace pueblo aún más sencillo. Y en los extremos del amor de Sevilla, fijáos ahora cómo no falta en su momento el acontecimiento a la vez más profundo y bien sonado: si un Congreso en el año veintinueve, ahora otra Exposición y otro Congreso Mariano en puertas, en el que Sevilla pide puesto y puesto grande.

Y VED que en la silente Madrugada que procesiona la Hermandad Madre y Maestra, no falta ese retablo andante, luz, espada y la bandera, proclamación concepcionista bien lograda, que rompe los silencios de los siglos, para que se sepa que Sevilla fue la adelantada.

Y VED cómo Sevilla llevó a América estos amores a María y salpicó con su Nombre aquellas tierras, mientras la Ciudad se empapaba de las glorias de esta Madre, y si no leed los sermonarios, los mariales.

Y VED cómo le puso María de la Asunción la Catedral que es nuestro orgullo, a Ella así ofrecida. Como ahora, por ejemplo, pone en su pecho la Medalla que es Máximo honor de la

Ciudad. O ved que la levanta en triunfo, monumento que sustentan sevillanos de pro que por la Pura bien lucharon. Y personalmente, junto a tantos que nunca sonaron, enteros sevillanos, un negro que vende su libertad allá por Puerta Osario, para que a su Virgen no le falte la función que cada año le dedican; o un Tomás Pérez, maestro balanzario y tallador de la Casa de la Moneda, otro sevillano, hombre cristiano de cuerpo entero, y ejemplar cofrade, todo un modelo. O un capuchino, Isidoro de Sevilla. O tantos pintores, escultores, imagineros, literatos, orfebres, bordadores, ¡gloria a ellos!, que lograron proclamar con su arte y para todos, la creencia de este pueblo, suyo y nuestro, de que María, como expresó una de nuestras glorias literarias, es ¡universal Señora de todo cuanto no es Dios! , ¡y qué bien dicho!

En resumen: la historia, y el presente, los hombres, la Ciudad, puestos a los pies de esta bendita Madre, que sabemos sevillana. Porque Sevilla, con María ¡supo, sabe y sabrá lo que quiere y le gusta lo que está pasando!

Visto lo que María es para Sevilla, Sevilla Ciudad y cada sevillano, pretendo ahora traer, en apretado ramo, como mejor prueba, las flores mejores de estos amores.

Si aquella viejecita de mi inicio subrayó a María como Madre de Dios, no fue su amor así caso aislado: he tenido ocasión de oír como proclama la verdad del Concilio de Efeso, nada menos, un sencillo hombre del pueblo que, una vez más, ¡qué Sevilla esta!, lo decía todo:

Contri más Virgen, más Madre.  
Este es el Misterio de la Encarnación:  
que Dios del cielo bajara  
y ¡permiso te pidiera!  
en Nazaré una mañana.

Belleza de la palabra -¡contri más Virgen, más Madre! y profundidad del mensaje en estos versos, nacidos no del bolsillo, ni de la misma cabeza, sino de un corazón que mucho ama, revolera, pura verdad, pellizco cierto, porque son producto de la fe, la gracia y los dones del Espíritu, sentido de la fe, *sensus fidei*, de un pueblo como el nuestro que sabe y agradece la delicadeza de Jesús que, además de darnos al Padre Celestial como padre adoptivo, nos dio a su Madre como madre espiritual, para que fuéramos hermanos plenamente, no hermanastros. Sevilla la reconoce Cabeza de las mujeres , como San Isidoro la llamara. Sevilla se apunta a la definición de Dionisio el Cartujano, hecha que parece de boca sevillana: la Virgen es semejantísima a Dios . Sevilla, cada vez que tenga ocasión, en toda época, dirá a María lo que tantas veces, con orgullo, ha cantado:

Dios quiso hacer el Cielo  
para Sevilla gloriosa.  
Y con divino desvelo  
Te hizo la más hermosa,  
y después, ¡rompió el modelo!

Y de la misma forma, Sevilla, de un brinco, se irá al siglo XVI, si es preciso, con Juan López de Úbeda, y reiterará:

Alcanzáis, Virgen de Dios,  
premios, honras y consuelo,  
y por El sois Cielo vos,  
y Él por Vos Hombre en el suelo.

¿Veis, que es intemporal, casi, en Sevilla este saber decir verdades como puños y este consiguiente amor, rendida entrega?.

Reina y Señora ¡de Dios!, le dijo hace unos días cierta cantaora Eso es llamarla Omnipotencia Suplicante. ¡Ay, este pueblo, cómo sabe!; y cómo contrasta la fe popular con la fe docta, cómo se siente en estado de esperanza y busca donde nutrirla para que no le desfallezca en los malos ratos, en las horas negras. Eso es reconocer lo que le debe a Ella,

porque sabe que siempre le amparó en todas las formas de calamidades y riadas de la vida, porque lo vive el corazón de cada sevillano, sin necesitar la fría lógica del sabio. Eso es conciencia de la función irreemplazable de María en el orden de la gracia, para nuestras sevillanas vidas: ¡por eso los vientos de la secularización no pueden con un amor como este, que sobrevive y crece y crece!. ¡Eso, Sevilla, es estar al día y no dar respuestas de ayer a los problemas de mañana!.

Y al igual que decimos presencia de Dios, Sevilla dice a toda hora ¡presencia de María!: tan necesaria en nuestras vidas, porque con María mientras más cerca, mejor. Sevilla quiere hechos: y en cada caso y cosa pondrá su carga de mensaje mariano, para que con ella vivamos, nos movamos y seamos. Y para lograrlo, el sevillano quiere llevar esa presencia de María a cada acontecimiento suyo, personal o colectivo.

San Agustín llama a María forma Dei, molde de Dios. El sevillano multiplica el molde y así tiene a María, misma y nunca repetida, de mil formas. Este pueblo es tan sabio, le oí a un gitano sentencioso no hace mucho, que hasta puede elegir Virgen ¡y qué verdad tan grande!. Por eso la llama con cientos de Nombres, y más, ¡todos distintos!, que no se estorban, que la nómina sólo ocuparía horas y más horas.

¿Caísteis en la cuenta de que sus Nombres sombran situaciones, que no sitios, comúnmente?. Son situaciones, momentos, que laten en la vida, de apuro o de gozo, pudiendo o reconociendo.

Y ES ASÍ, que la llamamos Pastora en San Martín, San Antonio de Padua, en Capuchinos y en Señá Santana, con ese saber hacer y esa hondura sevillana de que si en esa Pastora, hoy en San Martín, se tremoló bandera, la primera así, en mil novecientos tres, por su voto asuncionistas y luego se pidió fiesta litúrgica para su Realieza y Mediación Universal, es que Fray Isidoro de Sevilla y el mismo Beato Fray Diego supieron unir Reina y Pastora como rebaño en este suelo nuestro, el que Ella pastorea desde lo alto, preparando praderas celestiales.

Y ES ASÍ, que precisamos curar heridas de este mundo, que la llamamos Esperanza, Divina Enfermera de las Almas: O de Expectación en su bendito vientre en el Adviento, cuando le retiramos al Niño, le ponemos esa O y en Navidad se le devuelve, ¡detalles sevillanos!.

Y ES ASÍ, que la nombramos Carmen, como nuestras entrañables Carmelas, siempre el pueblo dijo así este Nombre; en San Gil, San Ildefonso, en Calle Calatrava, o en las gradas del Salvador, o en Santa Catalina, o en la preciosa capillita que en el Puente nos da paso a Triana, o en la Catedral Señá Santana, o en la Torre de la Plata, retablo de farol y flores que la devoción mantiene en pleno tráfago de nuestra vida urbana; ¡y tantas Carmelas más en mi Sevilla!.

Y ES ASÍ, que precisando de su auxilio, ponemos en la rosa de los vientos cuatro puntos que le chillen nuestras necesidades, en la Trinidad, como en Triana, en Nervión, como en el centro, en San Vicente, para cantarla Auxiliadora confiadamente.

Y ES ASÍ, que buscamos su Amparo, bajo Tú amparo nos acogemos, que mi madre me rezaba, y que por vivir tan cerca de la Magdalena, pude desde chico ver, en la cara de cielo de esta Virgen, que respondía a lo que nos inculcó, me inculcaba: que María es siempre la mejor seguridad para ir a Dios, que para eso Ella es su Madre y Madre nuestra. Y en un extremo de Sevilla, la llamamos Patrocinio, que es la Madre del Cachorro, ¡ahí queda eso! pequeñita y entrañable Virgen en aquella Capillita, donde se apretujaban los amores.

Y ES ASÍ que la invocamos Salud, para que la salud del alma y cuerpo nunca falte. Virgen Señora: ¡qué bien, Madre, y qué bonita estás en tu San Isidoro nuevo, qué cerca de nosotros!.

Y ES ASÍ que te decimos Virgen del Rosario, y multiplicamos tus primores por Sevilla y se hace interminable decir que eres Reina del Rosario en San Julián, San Marcos, en la Macarena, o en Santa Catalina, o en mi Museo, en los Humeros, San Vicente, en la Magdalena, o en Dos de Mayo y en la Maestranza, o en el Barrio León, Señá Santana; y hasta en Pureza te llamamos

madre de Dios, ¿lo veis?, de capataces y de costaleros. Geografía de la Ciudad como una letanía de este rosario de amor que te tenemos dedicado.

Y te proclamamos Reina de Todos los Santos, otra particular realeza a Ti reconocida, para que Omnium Sanctorum te tenga en el trono mejor que dibujarse pueda, y Ancha la Feria multiplique aún más sus fervores marianos.

Y en pleno centro de Sevilla, por los Jesuitas, se nos llenará la boca al reconocerte ¡la Gran Madre!.

Y eres Reina de la Alegría, hoy en las Salesas, nostalgia de aún más recóndita Judería, de tu San Bartolomé que te están ya reparando; orgullo, esta Alegría, de ese estreno universal de Rosario en público cantado por las calles ¡y van tres siglos!; Alegría de la Resurrección, que esa es tu fiesta, la Resurrección del Hijo que murió en la Cruz por nosotros pecadores.

Y traemos a la inigualable nómina de Nombres que decirte: Inmaculado Corazón, Luz, Mercedes, Pilar, Encarnación, Desamparados, Milagrosa; y Virgen de los Navegantes, del Buen Aire, de la Cinta, de las Maravilla, de las Fiebres y Misericordia, Paz y Buen Consejo; y sevillana Hiniesta Gloriosa, Alcaldesa, Protectora nuestra; y Antigua, Anunciación, Ángeles, Nieves, Guía; y Valvanera, Juncal, Belén, Batallas, Candelería, Del Sol, Rocamador, Coral, y tantos nombres, incluso de Patronas que Sevilla asumió también y a las que rinde culto. Por cierto: ¿Cuándo una imagen de María Corredentora y Mediadora Universal?.

Y el toque de Sevilla: ¡Inmaculada!. Porque Sevilla sabe que María necesita la Redención como nosotros, que es de la familia de los rescatados; pero que desde se Concepción se benefició de la eficacia redentora y por eso es preservada no reparada.. Y ya se vuelve loco el sevillano: y como al Cielo causa alegría el decir Ave María, se le hace agua la boca y pone en la mismísima entrada de su casa, en azulejo:

¡Oh, cuán ingrato sería!  
el que en esta casa entrare  
y, al penetrar, se olvidare  
de decir Ave María.  
Como el que, dentro, y oída  
palabra celestial,  
no responda puntual  
¡sin pecado concebida!.

Inmaculada, sí, el toque de Sevilla. Que igual le abre la cancela con cristal en el Postigo del Aceite, con una campanita, dos azucenas, un Bendita sea tu pureza de azulejo, toda miniatura feliz para una Virgen de pliegues hacia arriba que parece que se escapa al Cielo, que le pone solemnes amplitudes catedralicias a la preciosa Cieguecita; o que la saca en el Corpus con majestad sin límites; y que en su octava la requiebra con los seises, Dios en Versalles se ha dicho justamente, música y letras de azul como las voces, sevillanitos vestidos como Dios manda para Ella, cuando el repelucos de emoción que me produce cada vez el sonar de los palillos me hace pensar que, de añadir algo a unas letanías sevillanas, yo añadiría Madre suavísima. Inmaculada, sí, el toque de Sevilla. Que para más paladear este bendito Nombre lo duplica: Pura y, pos si acaso, Limpia, dos Nombres para misma gracia, la de ser Inmaculada Madre de Dios ¡y con esto nos atosiga!. Llenará Sevilla los altares con su Imagen; y gritará su Privilegio con la mayor y mejor fuerza en la voz de sevillanos gigantes, o sembrando sine labes, simpecados, Hermandades, procesiones en su honor y por si gloria. Y el voto cofrade concepcionista, barrunta dos siglos y medio antes lo que Roma definió luego, y hasta la Ciudad lo hace suyo y se repite ya sin solución por siempre. ¡Cuánto de todo esto vi el día en que subiste a los cielos de Sevilla y a los cielos de los Cielos, Juan Delgado Alba!. Déjame que te lo diga, ahora que, Dios os tenga en su Gloria, ni Carmen puede oírme. Juanito, voz borrosa, como se te llamó y verdad era: volcado en el amor a la Madre de Dios, de cuyo amor tu boca rebotaba siempre. Por eso, al levantar tu cuerpo, Hermano Mayor en ejercicio, allí en tu Iglesia, ¡cómo cantar otra cosa que el ¿ Todo el mundo en general ?, que estábamos en el Silencio y la dulce Virgen del Alma Mía, qué advocación, Señor, ¡las cosas de Sevilla!, la

Virgen del Alma mía, en su altar no extrañaría el repetido grito de esa letra que, bien sabe Ella que no invita a convencernos, digan que sois concebida sin pecado original, pues convencidos ya lo estamos, sino que es el individual voto immaculista que cada sevillano hace al cantarlo.

Madre de Dios, siempre, saliendo al paso en nuestras vidas; tantas veces hasta llevando al Niño, porque no quiere soltarlo. ¡Qué inigualable estampa la de los Niños de María en Sevilla! contra su bendito vientre acunados, o sentados en su brazo. ¡Qué expresiva, qué madraza se la ve, cuántos matices dice!.

La Virgen de la Alegría parece oír al Niño que algo musita. Y la de la Salud, lo tiene echadito atrás, a lo alto van sus manos, de encajes sus enaguas. El Niño de la Virgen del Amparo, se siente a gusto y ¡qué bien sentado que lo tienes, Madre!. En Santa Catalina, el Niño de la Virgen del Carmen parece que en cuanto pueda se va a tirar hacia nosotros. La Madre del Amor Hermoso, Reina de Todos los Santos, lo tiene bien abrazadito y lo mira de reojo y el niño le acaricia el cuello instantes antes de coger el sueño. El sueño que ya ha cogido, en la Macarena, el Niño de esa Virgen del Rosario: ¡qué estampa!, ¡a los Dos da gloria verlos!. Y esos Niños de Reyes, de la Virgen de las Aguas, en el Salvador, o la Virgen de los Sastres, ¡qué señorío que tienen, que asentaditos contra el pecho de la Madre!, Madre de Dios que a su Niño muestra.

Y para más aún salir al paso de nuestras vidas, hasta la Madre y el Niño salen a la calle por Sevilla, ¡guapa entre las guapas Ella!, que son retratos de la Madre pero vivos, de tocar, besar y hablarle a cada instante. Acompaña a Él y a Ella, el sevillano a cara descubierta, sin antifaz ahora, que eso es dar la cara; y, fuera de Semana Santa, también hasta sin precisar de las saetas, porque lo va diciendo todo ese paso rodeado, en desorganizado orden tantas veces, por los suyos apiñados, y arrastra al barrio que los acompaña jubiloso. Y no hay estación del año en que Sevilla no saque a la calle estos amores. Y aún queda, en muchos casos, hasta el bando, como cuando se va a sacar al Señor-Eucaristía: cornetas y tambores, campanilla, que hacen el recorrido la víspera, diciendo sin palabras ¡este es mañana su camino, no os lo perdáis, salid a verlos!. Paseos de amor, calendario exquisito de Sevilla, que siempre tiene una razón para sacar a la Madre de Dios a que la vean todos. Y admira la ciudad la maravilla hecha a la medida de cada Virgen, cada barrio; sea el de la Feria, su paso es un retablo; sea en la Alegría, el encaje de ese trono; sea la gracia de ese palio en miniatura, Carmen en Santa Catalina; sea ver a la Madre de la Luz, tan bien vestida; sea en el Amparo de la Magdalena su empaque y su elegancia extrema; sea en la Puerta Real ver cómo el Niño se ha bajado hasta el llamador por ir más cerca de nosotros, más al lado.

Y paseo de amor, también, aunque singular por prolongado, el de la Virgen del Rocío: la devoción con vida y vida verdadera en todo el año, a cada hora. Pero por ser verdad que el Corazón de Simpecado y corazón de Aldea son uno mismo, la acertada letra que se escucha y canta dirá del sevillano rociero, completo en sus sentires:

En Marzo soy penitente  
Detrás de una Cruz de Guía  
Y en Abril soy diferente,  
Un torrente de alegría.  
Pero en Mayo,  
No soy el mismo de ante,  
empiezo a perder sentío,  
y hasta me hierva la sangre  
cuando me voy pa el Rocío.

Y ahora, que se va desde los cuatro puntos cardinales de Sevilla. Desde el Cerro, y Sevilla Sur por Santa Genoveva: la Ciudad que ya rebosa amor a esta Señora. Y desde la Macarena: que tiene recuerdos de las Doblas y Parra veintiuno, ese accidente; un río incontenible de jóvenes puso de bote en bote el Rocío el sábado de Resurrección, ¡no se cabía en la aldea!, ansias de Pentecostés, cuando se enmadrinará de lujo al ir ala Señora del brazo de Triana. Y desde el Salvador, con sello inconfundible de señorío innato: el que llevó al Rocío, hasta casi ahora en solitario, en olor de multitud, preciosamente, a la Sevilla de esta orilla. Y desde la solera de

Triana, que la copla canta:

¡échate a un lao:  
la que viene es Triana  
y su Simpecao!

El amor de las ya ¡cinco! Hermandades, que arrastra a cada barrio cuando al Rocío se va, y faltan pocos días; que aguanta sol, el único reloj en el Rocío, sol que cae a plomo; polvo y marisma, por ver la cara de esa Niña que asegura la sevillana, ¿o no es verdad?, que ni llora ni ríe, ni está enfada . Que recrea la Fraternidad en esas horas y horas, días de camino, y en las paradas Marlo, Palacio, Ajolí; Juliana, Raya Real, Pozo Máquina, nombres de sitios con historia, ¡y tantos otros!-, contraste ese camino con un mundo insolidario que nada comparte, en nada cree y allí, en cambio, las misas, los rosarios, el mismo lenguaje de amor en todos, te transporta al Cielo para hablar con Él y Ella; senderos que hacen verdad la letra que le oí al tamborilero:

Hasta el aire se ha parao  
con mi toque del Rocío.  
Y yo he visto emocionao  
que escuchaba el cante mío  
la Virgen del Simpecao.

Suspirando todos, cuando vemos a la Madre de ese lindo Pastorcillo, por lograr

la suerte que el Niño tiene  
de llegar a las manos que lo sostienen.

El rociero, que vive todo el año su vida mariana, cristiano verdadero, en su Sevilla, ¡así sí!, así tiene derecho a postrarse en la Aldea a sus plantas; y derecho a ese pellizco tonto del corazón que se le inunda de sentires; y derecho a alisarse la gotita que de los ojos baja cuando, ayudando a su Hermano Mayor, se abraza -¡yo lo he visto!- al Simpecao trianero, para rendirlo a Ella ¡que por su casa pasa!. ¡Sí!, así tiene derecho e estos simples gestos , pero que son remate de un año de entregas sin respiro pisando tierra sevillana.

Así, toda Sevilla pone en la Aldea señalaita nota al volverse en amores por su Madre que, en volandas por el aire, oye coros de salves sincopadas que un cura dirige ronco ya de invocarla y de cantarla. Cuando estas cinco fuentes de amor vuelven a Sevilla, nuestro pueblo sabe lo que aquellos días han sido y el programa que le queda y que la Virgen pide. Y cada vez veo más palpable la entrega auténtica de muchos rocieros.

Amor rociero, pues, cruza nuestra Ciudad a diario; pero se escapa una semana larga de sus calles, ¡total, un paseo de amor!, para vitorear, ¡categoría de un pueblo!, al Espíritu Santo, esa Blanca Paloma, el Esposo de la Blanca Paloma Madre del Cielo.

¿Lo veis?: Sevilla la sabe Templo del Espíritu Santo, y por eso que lo piropea y aclama, agradecida, sabiendo que porque a Él, a Dios le dio gana, hizo a María Madre suya y nuestra, se lo hizo ver a Sevilla, y cuajó que Sevilla respondiera como hija por los siglos, ¡qué gran regalo!. Y ya, como diciendo y diciendo vengo, Sevilla perdió los papeles, se entregó a María, pero a María Madre, y valoró el sí difícil de la Encarnación, que lo fácil es decir que no, y nunca desfalleció en este amor que, así, por nada cambia y al que, así, jamás renunciaría; y exalta la sublime sencillez de la Doncella de Nazaret, sabiendo que su Maternidad es lo grandioso y lo demás de ella deriva. Que eso es saberla Madre, y como toda madre: la que se vuelca en las horas duras, y la que cree siempre en el hijo, pase lo que pase, y la que no se deja vencer hasta que el hijo salga a flote, y la de la mejor caricia, y la que es bálsamo en el dolor, y la que se sienta a nuestro lado cuando todos abandonan menos ella, y la que es recuerdo siempre para el tirón cierto, llave maestra que al fin todo lo abre, y la que cuidó, cuida y cuidará del hijo sin preguntar si es necesario, pero dando todo lo que tiene.

Por eso Sevilla, que admira a toda madre, con la Madre del Cielo se disloca ¡y de qué forma!, y al igual que para nombrar a Sor Ángela la llama Madre simplemente, o a lo más Madre

Angelita, para querer a María, lo repito entusiasmado, le diré Madre mía del Amparo, Madre mía de la Salud, Madre mía de la Alegría ¡Madre, Madre, Madre!, sabedora Sevilla que cuando Jesús, nos la dio Madre al pie de la Cruz, ¡ya se acabaron los huérfanos por siempre!. Por eso, al final de nuestras vidas, puede que en nuestra contabilidad haya más Avemarías que Padrenuestros y ni es locura ni error sino, sin duda, sonrisa de un portero de lujo, San Pedro de allá arriba, cuando hace las cuentas y esto encuentra y se dice: ya viene aquí otro sevillano!.

Y ¡por fin!, saliendo al paso en nuestras vidas, cuando se nos da como Reina y Madre de Sevilla, ¡Madre mía de los Reyes!, Madre de Dios, que nos ofrece al Hijo, que nos regala bendiciones, paseando por Sevilla, resumen de María en la Ciudad, devoción sorda, por honda, sin alharacas, a cada hora, cada instante, que nos une y nos cala sevillanamente.

Para su novena, antes de la fiesta grande, Las Hermanas de la Cruz, sus Camareras, cuidarán el traslado a su Capilla Real a más amplia nave Catedral que acoja a tantos hijos tantos días. Y es de ver ese revuelo controlado, de tocas blancas, estameña y mimos, como enjambre de amores puros y por eso tiernos. El Niño tiene un silloncito, para sentarlo si de las manos de la Madre se le arranca pero esta vez ¡no!, que irá en brazos de novicias que se lo turnan y le hablan bajito, queda, dulcemente. Es un tú por Tú admirado de ellas, y la sonrisa, diría pillá, de ese Niño siempre alegre. Es una procesión inigualable: la Madre es llevada a pulso por privilegiadas manos, el Niño, así piropeado, junto a Ella. Y quedarán preparados, Madre e Hijo, otra vez ya unidos, sentados, endomingados, a la espera de Sevilla en la Novena solemne, como los suyos queremos y el Cabildo siempre dispuso: que cuando estuvo en apuros de desamortización, hasta pidió a Isabel II ayuda porque todos los cultos se mantuvieran con la dignidad debida, e incluso un punto más que las demás catedrales españolas

Y llegará la mañana que, a fuego, tenemos los sevillanos en el corazón marcada, quince de Agosto. Yo vengo con los míos desde el Aljarafe, que es pleno verano: cuando ya se aleja la oscuridad, pasito a poco; cuando la luz nueva empuja suave pero decididamente, para poder crecer esa mañana; cuando ¡tantos! dejamos los alcores, como otras distancias, acudiendo a la llamada de la sangre y a estos amores; cuando ni hay guiño de nubes blancas, tantas veces; y los pájaros que han despabilado ese día: mucho antes, que desde bien temprano andan cantando, con prisa, en el breve limonar del patio de la casa; cuando ni la niebla más leve se atreve a tocar a la vega que atraviesa el Guadalquivir y nos conduce hasta Sevilla; cuando un reguero de coches lleva peregrinos a tus plantas, Virgen, y los de a pie bajan por trochas, todos dispuestos a tomar resuelta pero pacíficamente a la Sevilla mariana esa mañana. Y ya en las calles se ven ir riadas de familias, la muchedumbre que a la Catedral confluye y, bajo mazas, al Cabildo de la Ciudad con sonos de marcha decidida. Es todo un run-run de sintonías, que desemboca al pie de la Giralda, en tu Plaza, Madre, en que ya han tomado posiciones los que gustosamente se dieron los mayores madrugones para acurrucarse bajo tu manto maternal desde primera fila. ¿No le deis más vueltas, esto es así! porque hay que verla salir.

Mañana de solemnidad indefinible, que lo solemne se palpa siempre: sonó el órgano, a juego con la puntualidad insólita en levantar el paso que mecen los de abajo y las naves catedralicias con armonía indescriptible, Y a las ocho, que asoman los nardos su camino así iniciado. Es quince de Agosto, sale la Señora de siempre de Sevilla. Y Sevilla allí, con el pulso parado, rendida, silenciosa, enajenado coro, ¡ya se le ha entregado!.

Dicen que lleva tumbilla  
y que va sobre los pies,  
y que el sol brilla o no brilla  
Pero el afán de Sevilla  
sólo, en ese instante, es ¡ver  
cómo le puede poner  
un beso en cada mejilla!.

¿Qué se le piden tres gracias?: ¡es igual, como si no te conocieran, Madre, como si Tú no supieras !. Es sólo mirar, a duras penas, con ojos enrasados de lágrimas de fe y sevillanía, que caen sin disimulo mansamente, abrochando a todos en rito de pleitesía. Y luego, ¡sí!:

vendrá el alto repique de campanas, locas de alegría, pino mayor que la Giralda alborozada lanza, y los pinitos, emulando, de la campana sencilla de la Encarnación, Santa Marta, que enfrente asoma monjas y quererres; y Bejarano, saga fiel al frente de tu paso, que manda a los que matan gusanillos costaleros tantos días hasta que llega esa mañana respiro de nostalgias; y el Niño, que se nos va entre gerundios: zapatitos de oro reluciendo, va bendiciendo, como jugando, regalando, sonriendo, dando vida, ¡amando!, ¡sí!, que se nos va así, por gerundios, a Placentines, Alemanes, la Avenida, y el Triunfo, a dar su vuelta a la Catedral. Y Tú, Madre, ¡igual!: que vas oyendo, mirando a todos, ¡comprobando! que el amor de Sevilla por Ti es verdad, y hasta que crece cada año más y más.

Con este mutuo amor te dejo ya, Señora.  
Y porque así es, puedo decir ahora  
que le bastó a mi pregón  
llamarte Madre de Dios,  
decir Sevilla que es decir María.  
Esa es la gloria de cada sevillano,  
que así, Señora, confía  
en que al rematar su vuelo  
entrará por las puertas de tu Cielo  
sonriendo, al ir cogido de tu mano.